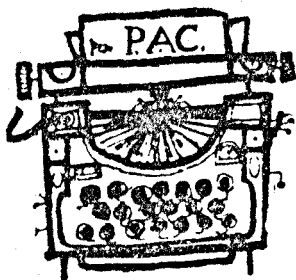


escrito a máquina

Los frutos amargos



Hace algunos años, un joven economista que acababa de graduarse me atacó, con el arma recién estrenada y flamante de su lenguaje de especialista, porque refiriéndome a un aspecto de nuestra situación económica, hablé de moral.

Me dijo que los códigos de conducta humana no tienen por qué contaminar los objetivos de una ciencia como la economía y hasta pudo haberme citado aquella frase que cita Colin Clark de que "no existe razón para atribuir a esos códigos de conducta o juicios de valor, mayor significación que a las preferencias que un hombre pueda demostrar entre diferentes marcas de dentífricos".

Sin embargo, a medida que leo estudios, ensayos y libros sobre la contradictoria situación socio-económica de América Latina —que pendula entre el atascamiento y la revolución— observo y anoto que uno de los principales y difíciles obstáculos para nuestro desarrollo que todos señalan, es LA CORRUPCIÓN; corrupción que abarca, desde la falta de moral en la promoción misma del desarrollo, en la cual poco cuentan los verdaderos valores humanos ni la dignidad nacional (como lo vimos y lo vemos hasta la saciedad, por ejemplo, en el proteccionismo a industrias innecesarias y hasta dañinas; en la preferencia por lo suntuario; en la marginación de los dictados de justicia social y distributiva; en el "pedigüeñismo" que soluciona déficits culpables implorando más ayudas o gestionando más préstamos que hipotecan el futuro de nuestros pueblos; etc.) hasta el pecado capital y desvergonzado del robo, del soborno y de los escandalosos privilegios que son el cáncer de los gobiernos de América.

Cada día se nos impone con más fuerza la vinculación entre Moral y Economía. O mejor dicho: cada día se nos manifiesta más claramente el fracaso de divorciarlas. ¿Por algo la Economía, la ciencia económica, se inició en Cambridge, como una rama de las ciencias morales!

Porque, si la economía tiene realmente un objetivo —que no sea el de constituir un ejercicio puramente intelectual y matemático— este objetivo no puede ser otro que el de promover el bienestar de los hombres. ¿Esa es su moral!

Ahora bien, los que resuelven desde el Estado los problemas económicos ¿pueden perder de vista ese bienestar humano —que es su objetivo— pensando solamente en las inmediatas necesidades del Estado? ¿Se puede llamar economía el solucionar los errores y déficits culpables del Estado recargando con pesados impuestos al pueblo consumidor ya miserable?

¿Se puede llamar economía humana aquella cuyas operaciones han dado por resultado encajarse en línea ascendente y constante el costo de la vida y producir, también en línea ascendente y constante, el desempleo?

—“Que no se metan los poetas a economistas”, dirán los jóvenes pos-graduados.

Cierto. El poeta no sabe plantar el árbol de los números pero prueba sus frutos y oye al pueblo que come de ellos la misma opinión: son frutos amargos. Amargos no por “meteorología” sino por su sabor de inmoralidad y de injusticia.

Hemos desplazado el objetivo de la economía —QUE ES EL BIENESTAR HUMANO— hacia otro objetivo (al servicio del cual parece estar ahora toda la “ciencia” de los especialistas) que es el éxito del Estado o, mejor dicho, del Gobierno. Todo el desarrollo consiste en obtener y mantener un Estado rico en un país paupérrimo.

Cada día crece y se fortifica más esta filosofía faraónica de cuello blanco: El Gobierno Sociedad Anónima —el Gobierno S.A.— es la finalidad de nuestra economía. La gerencia de una empresa; no el destino de un pueblo.

PABLO ANTONIO CUADRA